

BIORRITMO



MASCULINO
23



FEMENINO
28

33

ESPIRITUAL
(INTELECTUAL)

Dr. KRUMM - HELLER

BIORRITMO

OCTAVA EDICION

EDITORIAL KIER S. A.

Av. Santa Fe 1260 - 1059 Buenos Aires

Edición de 1968
F. O. P. 10000000000
D. O. M. 10000000000
A. A. 10000000000

PROLOGO

Biorritmo . . .

He aquí, lector, un libro nuevo, con fundamento científico y base Rosa Cruz, que tan inspirada y acertadamente ha dado a luz el Dr. Krumm-Heller.

Es así como puede comprenderse que exista un nexo, una posible tangencia entre ciencia y religión, y es ahora cuando se observa la razón que tuvieron los antiguos para apartar del vulgo las enseñanzas herméticas que con tanto sigilo guardaban en el santuariorum de sus templos.

Pero en estos tiempos de lucha incesante, de avance; cuando la ciencia va a pasos agigantados escudriñando causas y revelando leyes; cuando el ciclo de Acuario se aproxima y la inquieta humanidad huye desorientada a establecer un punto, como una meta definitiva para la nueva edad, es preciso —como lo hace Krumm-Heller— hablar sin

hermetismos, sin rodeos, sin la técnica escabrosa que todo lo oscurece, dando a conocer con clara exposición el tema, su causa, su origen, la ley que lo fundamenta y la clave que lo resuelve.

Salimos al fin, dentro del teosofismo, de ese maremagnum de denominaciones sánscritas y de ideas tumultuosas, como nos llegan con las teorías orientales, que más bien desconciertan al estudiante que le encauzan por el recto sendero del conocimiento y la verdad...

Mucho se ha escrito de intersexualismo. Mucho se ha hablado de la manifestación externa y conjunta de ambos sexos. No poco de homosexualismo y de nuestra condición masculino-femenina a la vez. Pero del ser hermafrodita que llevamos dentro, de nuestra condición bisexual íntima, que como ritmo dual se manifiesta por la secreción de nuestras glándulas endocrinas, haciéndonos ser periódicamente de uno o de otro modo, según la periodicidad a que estamos sometidos, nada se ha dicho hasta ahora por la ciencia médica que pueda ser leído en lengua española.

Por primera vez lo expone el autor en esta obra, de magnitud sorprendente, en la que ha cuidado que el verbo se adapte a todas las

inteligencias para que la clave fuera asequible a todos.

Biorritmo, ritmo vital o el orden acompañado dentro del movimiento vibratorio, que es vida . . . He aquí un problema trascendental, una ley infalible que unida a las de polaridad y periodicidad viene a resolver un oscuro principio científico y a resolver más de un punto Rosa Cruz incomprendido.

En el principio era el Ritmo, dijo Wagner, estático, ante esta ley, como buen Rosa Cruz. Y es que ese ritmo, dentro de la vida, no es más que el tac-tac, la balanza pendular, el constante equilibrio, la ecuanimidad rítmica, que produce esa fuerza impulsora, graciosa y desconocida, que grita a todo ordenadamente: Anda . . . Anda . . .

He aquí, lector, un libro nuevo con una teoría única, con un principio científico que no conoces y que, sin embargo, puedes utilizar, sencilla y llanamente, dentro de tu propia vida . . .

En él va la clave. Te la ofrezco el autor como dádiva preciosa. Aceptala y que su aplicación sea para tí la llave de oro que te abra las puertas del éxito.

JESUS ALVAREZ PONCE

INTRODUCCION

Lector:

Antes que avances —bien seas profano o Rosa Cruz— y tus ojos se posen en la primera página de este libro, detente y medita . . .

Además del prólogo, va esta introducción, sirviendo de antesala al Biorritmo, en la que encontrarás una vieja y clásica leyenda que ya en mis tiempos infantiles me llenaba de inquietud y que luego en la edad madura vino a ofrecerme su oculto simbolismo.

Dice así:

Teseo, nacido de la unión clandestina de Ethra con Egeo, rey de Atenas, viene a ser la figura mitológica de más relieve y que mejor encarna la supremacía heroica del Auca.

Este segundo Hércules, como le llamaban los antiguos, fué, a semejanza del primero, destructor de monstruos, castigador de malhe-

chores y libertador de su patria. Su vida, como el modelo que le sirvió de norma, fué una serie prolongada de aventuras y de gloriosas conquistas.

Dado a conocer con su padre y en momentos que aseguraba su derecho a la corona, los embajadores de Minos reclamaron el tributo de siete mancebos y otras tantas doncellas que Atenas venía pagandó en expiación de la muerte de Androgeos.

Como héroe ateniense y conmovido por el dolor de sus hermanos, se ofreció a la triste expedición con el solo propósito de combatir al monstruo, ya que a su muerte cesaría el funesto tributo.

Prepara un velero, para emprender el viaje a Creta, y en él coloca 14 *remeros* — 7 por cada lado—, reservándose el lugar de timonel para comandar *a compás, a ritmo*, el movimiento de los remos que al caer simultaneos al agua ofrecerían *un solo impulso* y darían mayor rapidez al viaje.

Antes de partir ora en el templo de Apolo, y el Oráculo le augura una empresa feliz, llevando al amor por guía.

Todo dispuesto, se hace a la mar...

Pero... he aquí que, durante la larga travesía, los vientos azotan fuertemente la nave, combatiéndola con cruento vaivén, hasta

hacer que sus maderas poco a poco se destruyan... Entonces, para no zozobrar, manda Teseo *que cada trozo carcomido se fuera sustituyendo por otro de nueva madera.*

De este modo pensó regresar a su patria conduciendo un buque *completamente nuevo* y, sin embargo, *el mismo* que había sacado para la expedición...

Más tarde, vencido ya el minotauro y libertada su patria, pierde el recuerdo con la gloria del éxito, y el pobre navío, en el más completo abandono, *lentamente se destruye...*

Así es el hombre...

Mientras funciona acompasadamente y su atención procura no entorpecer el ritmo, poco a poco se transforma, por la acción celular, manteniendo al organismo en justo equilibrio de fuerza y belleza. Sólo cuando se abandona, cuando falta a la ley, la acción divina deja de actuar en él y el hombre, como la flor, se marchita, se descompone, muere...

Por eso en el mito de nuestra historia va encerrada la clave de este libro, que una fácil claridad de expresión hace comprensible y pone su método al alcance de toda inteligencia.

El trío que lo encarna, los tres ritmos *mas-*

culino, femenino e intelectual, parecen ofrecernos todavía un magno simbolismo.

Quisiera hallar en esto una justa semejanza con Juan el Bautista, con Juan Evangelista y con Jesús el Maestro, que representa el principio espiritual.

El primero de los dos Juanes es nuestro Patrón en la Rosa; el otro nos representa en la Cruz. Hay una frase que los une a los tres: la que repetía el Bautista cuando administraba el agua, la que Jesús desarrolló en su Sermón de la Montaña, la que el Evangelista constantemente recomendaba a su grey en Efeso:

AMAMOS LOS UNOS A LOS OTROS

Esa es la ley suprema, la ley que todo lo rige, la que todo lo armoniza: el ritmo; es amor, y si sabemos cumplir con esa ley, *todo lo demás se nos dará por añadidura...*

Pero es preciso no perder nuestra divisa: *Haz lo que quieras*. Es decir, haz lo que sea tu voluntad. Cumple como entiendas. Procede como te plazca. Pero... siempre dentro de ese grandioso mandamiento del amor.

Nuestro propio maestro, nuestro ego interno, quiere *AMAR* constantemente. Constantemente quiere *ARMONIA*. Pugna en todo mo-

mento por encontrar su propia nota. Lucha entre las distintas tonalidades del diapasón. Hasta que un día una de ellas, la más precisa, la única, vibre en toda su extensión monocorde y sea su ritmo

AMOR AMOR AMOR

BIORRITMO

Spengler, el sabio filósofo alemán, en su libro *La decadencia de Occidente* —donde ya estima el desarrollo espiritual como un proceso de la naturaleza— establece un sistema filosófico, basado en la biología, en el que llega a comprobar que todos los fenómenos de la naturaleza, y entre ellos los hechos históricos, como algo vivo que nace, crece, se desarrolla y muere, están sujetos a cierto ritmo a periodicidad que permite, al buen observador, hallar como *un medio adivinatorio* de los hechos futuros, asegurando de paso que quien descubra la clave de estas sucesiones periódicas habrá llegado a descubrir los grandes secretos de la vida...

Estas experiencias del sabio investigador apuntan ya nuestras comprobadas observaciones Rosa Cruz y vienen a estar de acuerdo con las teorías que sustentamos sobre el Bio-

ritmo, que vamos a desarrollar y han de ser el objeto principal de este libro.

Vamos a comenzar, fijando de antemano estas dos definiciones:

Periodo: Es el espacio de tiempo que una cosa emplea o tarda en verificar su retorno al estado o posición primitivos.

Ritmo: La sucesión repetida de movimiento y reposo, dentro del orden acompasado de diferentes o semejantes acaecimientos de las cosas.

La vida (y todo es vida) es en último lugar *movimiento*. . . Pero no movimiento persistente, continuado, sino con alteraciones o lapsos de reposo.

Ley de *sístole* y *diástole* a que está todo sometido desde las más incógnitas vibraciones de la luz violeta hasta los más ingentes fenómenos planetarios.

Siempre al lapso de actividad precede el de reposo.

La vida, en consecuencia, se concreta a una cantidad de movimientos vibratorios armónicos de diferente duración y longitud.

La misma fisiología humana está sujeta a este principio infalible.

Cronométricamente funciona nuestro aparato circulatorio, mientras que el corazón, como un péndulo, ritma la exacta medida de un aire marcado.

Sistole e inspiración, diástole y espiración son los compases musicales, la forma de expresión de este conjunto armónico. . .

Esta *periodicidad* y este *ritmo*, dualismo palpitante de toda manifestación, son como leyes inmutables que vibran constantemente en la naturaleza.

Todo fluye y refluye con movimiento pendular.

Todo crece y decrece, todo asciende y desciende, todo marcha y regresa al punto de partida.

Es un constante ir y venir con rítmica oscilación. Bien nos lo dicen las metódicas revoluciones de los astros que tornan de su recorrido con una exactitud y justeza matemáticas.

Ya en la antigüedad existió una casta de médicos extraños, que ocuparon lugares preeminentes en las cortes de Egipto, Persia, Siria y Macedonia, a los cuales designaban con el nombre de *periodeutas*. Eran unos galenos ambulantes (especie de sacerdotes-médicos, según Herodoto) que ejercían su arte a tra-

vés de las ciudades, guardando en secreto sus conocimientos y sistemas curativos.

Famosos fueron verdaderamente los de Egipto, Persia y la India.

Entre los primeros periodeutas parece haber figurado Hipócrates, pues, según afirman algunos historiadores, perteneció a esta orden singular que luego llegó a tomar tanto incremento en Atenas.

Periodeutas hubo entre los pitagóricos y aun más tarde los vemos aparecer entre los gnósticos ejerciendo siempre con carácter sacerdotal la medicina.

Su misma designación de periodeutas les fué otorgada por el conocimiento que tenían de cierto ritmo o período que se manifestaba en el curso de las enfermedades y el que les permitía prever su marcha para hallar acertadamente su curación.

Hasta tal punto concedían importancia a estos conocimientos, que daban más valor a la observancia de esta periodicidad o ritmo que a la aplicación de sus drogas. . .

Ya en nuestra segunda definición hemos hablado del orden acompasado de diferentes o semejantes acaecimientos de las cosas, pero es preciso observar que el compás, como tal, es cosa muerta, algo que no tiene existencia, ya que su forma de vida sólo se manifiesta

mediante el ritmo. Diríamos que el compás es la forma arcaica de relación entre los hechos y el tiempo y su forma rítmica la base para el conocimiento de la cultura e historia de los pueblos.

Ritmo perenne, acompasado, hay en la música, en el arte, en la vida orgánica e inorgánica, en todo cuanto existe.

El ritmo de los astros, por ejemplo, es algo que puede calcularse tan matemáticamente como se calculan las altas y bajas mareas que deben su forma rítmica a la influencia de la Luna.

Nietzsche llama a este ritmo *la repetición de lo semejante que gobierna nuestro modo de ser individual y colectivo*.

Pero en ninguna parte se expresa mejor esta periodicidad que en la electricidad misma, con sus constantes frecuencias o períodos en que la corriente, ya positiva, ya negativa, pasa, dentro de un mismo segundo, por el hilo conductor. Y de una manera manifiesta la seguimos teniendo en la longitud de ondas con que se emiten los mensajes, a través del aire, en la telegrafía inalámbrica.

He aquí que compás, acorde, tema, tanto en la música como en la pintura, han de ser rítmicos en absoluto y este ritmo ha de obe-

decer a dos fases, una fuerte o masculina y otra débil o de carácter femenino.

El mismo Rodolfo Steiner, como buen Rosa Cruz, ha dividido las manifestaciones orgánicas en un trío.

La primera, es la parte volitiva que se expresa, mediante el metabolismo, en el desarrollo, crecimiento y decadencia de nuestra fisiología. La segunda, es el ritmo insistente e impulsivo que se palpa en el compás del corazón por la corriente sanguínea que constituye la base de la personalidad y, en tercer lugar, está la parte pensante del cerebro que, como las anteriores, emite sus ondas obedeciendo del mismo modo a su propia frecuencia o ritmo.

Biorritmo, observaban los médicos en el desarrollo de ciertas enfermedades y en la presentación de las crisis que habían de sobrevenir a los siete, nueve o veintidós días.

Período, ya se le denomina a la acostumbrada aparición de los menstruos cada veintiocho días en que debe producirse la expulsión del óvulo, y períodos son esas fases que presenta la preñez misma en todos los animales.

Sólo nos faltaba encontrar la clave de esa periodicidad como norma segura para toda investigación, y ésta ya la tenemos en nues-

tras manos —dentro de la presente obra— basada en los números 23, 28 y 33 que representan los días o sucesiones repetidas de movimiento y reposo de nuestras partes masculina, femenina e intelectual, pues hemos de advertir que radicando este ritmo en nuestras glándulas de secreción interna, son ellas las que actualizan en su función los tres principios indicados.

Así como en las obras de medicina se ofrecen casos clínicos para la mejor demostración de una teoría, así nosotros hemos de citar casos prácticos de indudable comprobación, para llegar al convencimiento de que la vida de todos los hombres, con sus éxitos y sus fracasos, está sujeta al ritmo de nuestro estudio, cuya clave, al sernos conocida, nos proporcionará el medio de vibrar en tono positivo y nos ofrecerá al mismo tiempo lo que pudiéramos llamar *LA CLAVE DEL EXITO EN LA VIDA*...

En estos últimos tiempos se viene hablando con demasiada intensidad de las *glándulas de secreción interna* y de su extraordinaria importancia en la vida.

Eminentes fisiólogos de fama mundial, desde la altura de sus cátedras, hablan ya de esta significativa influencia y han clasificado

a los hombres por un *plus* o un *minus* según la actividad funcional de sus glándulas.

Sin embargo, estos estudios se encuentran todavía muy en la infancia y aún sigue en el mayor letargo la solución de este magno problema.

Una de las obras más recientes sobre esta cuestión, del profesor Boenheim, de Berlín, *El Milagro de las Glándulas*, ya explica que nuestras diferentes constituciones están en relación con el desarrollo o degeneración glandular de cada uno, obedeciendo siempre a un compás o ritmo.

De este modo, podemos asegurar que los que tengan una especie de superactividad en la glándula tiroides han de resultar de elevada estatura, delgados y enflaquecidos. Su estómago, algo dilatado, deberá ser colgante y las caderas estrechas. Con facilidad han de perder peso y su cabello es escaso, como sucede a los calvos. El corazón les marchará acelerado y serán muy propensos a enojarse fácilmente.

Son al contrario aquellos seres en que la glándula tiroides funciona mal o con poco ritmo, pues deberán estar gruesos y con ese aspecto característico del *bon vivant*. Ojos pequeños, poca transpiración, encanecimiento prematuro y exceso de arrugas en el rostro.

El corazón funcionará con lentitud y deberán sufrir intensamente de frío. Son extremadamente apáticos y nunca se enojan.

Sería muy extenso hacer una descripción apropiada de cada tipo en relación con la hiperproducción y las diversas anomalías funcionales de sus glándulas. El hecho es que por el estudio de estas propiedades podemos llegar al conocimiento de cuanto somos y, por la observación de nuestro ritmo de carácter, a deducir cuáles de nuestras glándulas predominan. Esta ciencia pudiera ser designada con el nombre de *Tixionomía*.

Pero lo que más nos interesa y es de mayor notoriedad al objeto de nuestro estudio es el grupo formado por las glándulas sexuales, que son tal vez las de mayor acción endocrina, a causa de sus hormonas de extrema influencia vital y porque conservan un ritmo demasiado importante que hasta hace poco no ha sido descubierto por la ciencia.

Tenemos, pues, tres períodos en la vida: el crecimiento del organismo, su mantenimiento y su decadencia hasta la muerte, siendo curioso que las hormonas producidas por las glándulas sexuales proporcionen tan acertadamente las sustancias energéticas necesarias hasta los 23 años, en que generalmente cre-

ceмос, hasta los 56, en que nos mantenemos, y hasta la muerte, en nuestro decrecimiento.

Knipping ha hecho un estudio de gran interés en que determina que el gasto de calorías se sucede en los mismos períodos de tiempo y establece, en consecuencia, cual Fliess, un ritmo invariable de 23 y 28 —como veremos más tarde—, en tanto que otro ritmo de 33 ha sido descubierto por Judt y por mí.

No por esto vaya a considerarse que cada glándula trabaje aisladamente, sin conexión con las restantes. Cada una de ellas influye sobre las demás y vienen a ser en conjunto como una cadena de unidos eslabones en un perfecto engarce de armonía. Resulta, pues, que por esta relación reflexiva de mutua influencia, unas mandan sus hormonas a las otras, y las sexuales, sobre todo, son las únicas que proporcionan un principio activo que en cada instante es transmitido a todo el grupo glandular.

Cuando la ciencia se convenza y admita con nosotros, los Rosa Cruz, la existencia de un cuerpo o vehículo astral y cuando los hombres, convencidos de esta existencia, desarrollen esa ultravisión que denominamos clarividencia, verán entonces que tenemos también una fisiología y una patología astral o semimaterial sin cuyo conocimiento no po-

dremos esperar resultados definitivos en la aplicación de nuestros agentes terapéuticos...

Nansen, el gran explorador polar, en su obra *Noche y Hielo*, llama la atención sobre esta periodicidad misma de 23 y 28 días, y Brehm, el más célebre de los zoólogos, llega a las mismas conclusiones al estudiar la vida de los animales.

Pero aún más interesantes son las observaciones verificadas en los jardines botánicos. El apuntamiento de los brotes en cada planta, el florecimiento de las rosas, la madurez de los frutos y la abundancia de las cosechas son puntos de observación inequívocos y pruebas concluyentes de la influencia infalible de estas periodicidades.

Y volviendo a la importancia fisiológica de las glándulas sexuales, nos encontramos con la operación de *castración*, tan conocida desde las más remotas edades, que consiste en la ablación o destrucción de las genitales (testículos, ovarios), que trae a los animales que la sufren la denominación de *capones*.

La castración, en los animales que son sometidos a este proceso, produce sensibles cambios en órganos que al parecer son independientes de los que corresponden a la generación. Así, por ejemplo, en los pollos castrados se nota ausencia de cresta y espolones y su

plumaje, de raro matiz, no está sujeto a la *muda* corriente.

En los ciervos privados de órganos genitales no se desarrollan los cuernos, y si la operación la han sufrido siendo ya adultos, no los cambian o los pierden en absoluto.

Los del buey se hacen más idénticos a los de la vaca que a los del toro, y aun el jabalí, si se castra cuando es pequeño, no cuenta jamás con sus característicos colmillos salientes.

La carne de todos los animales castrados es más tierna que la de los demás y su fiereza se aplaca dentro de un temperamento más tranquilo.

Aun más, los animales internados en invernaderos y alimentados con pastaje débil parecen si se les extraen dichas glándulas.

En nosotros, la supresión de los órganos genitales da origen a un infantilismo tardío y reversivo.

En los *eunucos* se nota una modificación del organismo en cuanto al crecimiento, en su aspecto general, órganos particulares y situación psíquica.

Si fueron sometidos al procedimiento antes de la pubertad, se mantiene en ellos un carácter infantil y femenino, no desarrollándoseles los caracteres sexuales secundarios.

Más tarde, encarnan un tipo neutro, atro-

fiado, en el que se conserva un timbre de voz estridente y agudo que, en ocasiones, se torna agrio y discordante. En los castrados prepúberes se nota la falta de evolución de la próstata.

Las manifestaciones psíquicas son del mismo modo cambiadas profundamente. Les falta la energía moral, dominando la indolencia y la tristeza. El sujeto se hace suspicaz, receloso, hipócrita y a veces fácil de sugestión. La inteligencia evoluciona escasamente, mostrando un criterio mezquino, con depresión mental que suele degenerar en hipocondría, con tendencia al suicidio.

Durante la guerra se han hecho innúmeras observaciones sobre este tema en individuos que perdieron sus genitales, notándose en cada caso un evidente y acentuado cambio de carácter. Y es que la función endocrina sufre por esta causa una considerable variación que le hace entrar en una nueva modalidad funcional, transmitiendo su propio defecto o quebrada influencia a todo el organismo, tanto en su parte psíquica como en su parte material, e impulsándolo a un ejercicio anormal de todas sus facultades.

Desde el punto de vista material, sabemos que la vida en cuanto al metabolismo se desarrolla del siguiente modo:

Nuestro organismo necesita para su mantenimiento normal determinada cantidad de calor o, como antes decíamos, cierta dosis de *calorías*. Por *caloría* se entiende la unidad de calor necesaria para elevar en un grado un kilogramo de agua. Estas *calorías* son suministradas al cuerpo mediante el alimento y ésta es la razón de que la química biológica calcule el valor de los alimentos por las *calorías* que puedan proporcionar.

Cada trabajo que realizan nuestros órganos, ya sea al exterior, como el caminar, levantar pesos, etc., ya sea al interior, como las funciones de la nutrición, movimiento rítmico del corazón, requiere y nos obliga a una reposición de las *calorías* gastadas. Es lo mismo que haríamos con la caldera de una máquina de vapor. Pero estas *calorías* adheridas a los alimentos no se transforman directamente, sino que la grasa, por ejemplo, el azúcar y la albúmina han de sufrir el proceso químico de la oxidación o combustión. De este modo sabemos que un solo gramo de grasa produce 9,3 *calorías*, mientras que la misma cantidad de azúcar y de albúmina sólo suministra 4,6.

Este acto químico que se realiza en la intimidad de nuestro organismo, llamado *combustión*, viene a verificarse mediante la acción y fijación del oxígeno y de él necesita-

mos 4,86 calorías para poder oxilar o quemar un gramo de azúcar o de albúmina.

Desde este punto de vista puramente material, tendríamos una gran facilidad para formar cuadros sintéticos que nos sirvieran de norma al objeto de regularizar nuestra necesaria producción de calor y así llegaríamos a la resolución de muchos problemas fisiológicos si el cuerpo no fuera más que un simple laboratorio o fábrica en acción.

Pero no es así.

En mi "Revista Rosa Cruz" de febrero de 1929 decíamos, con respecto a esta cuestión, que todavía en las escuelas oficiales no se han citado ciertos órganos productores de calor como son la *glándula pineal* y el *cuerpo pituitario* que, como tales glándulas endocrinas y aun siendo dos polos opuestos, regulan en primer término la producción de calor humano que ellas a su vez producen, como resultante o consecuencia de su constante acción y reacción reflejas.

Esto, que tan conocido es en nuestras escuelas Rosa Cruz, arrancó a un querido hermano nuestro, quien se firma con el pseudónimo de Doctor Apócrifo, un artículo titulado *Temas Biológicos* que fué publicado en la misma revista y que dice así:

"Habla el maestro Krumm-Heller en su

artículo *CALOR* (número 9 de esta revista) del proceso térmico en nuestra fisiología y señala, como causas ex ciencia, la vida independiente y consciente de las células y el modus operandi funcional de la epífisis y de la hipófisis tan poco conocidas por la ciencia oficial, que sólo acepta lo arcaico catalogado y pone un gesto despectivo para todo aquello cuya demostración está fuera de su alcance experimental.

"Y este artículo a que me refiero pone en mí decir algunas sugerencias sobre el tema.

"Si la biología es la ciencia de la vida o, más bien, la ciencia que estudia especialmente las leyes de la vida, es, tras esas mismas leyes, donde el investigador, el científico, ha de encontrar la causa génesis de una multitud de fenómenos que van y vienen por nuestro organismo sin que hasta ahora se haya podido establecer la menor hipótesis sobre ellos. Y ¿saben los investigadores encontrar el camino de esas leyes? ¿Piensan si aparte de las conocidas por la física, por la química, etc., pueden existir otras no aprisionadas todavía por el ojo investigador? ¿Conocen la elasticidad e importancia de las denominadas de ritmo, de vibración, de polaridad, etcétera?

"Y puesto que de células se trata, veamos un caso minúsculo ya citado por Edison.

“Si destruimos por medio del fuego las estrías que caracterizan la epidermis de nuestros dedos, tendremos que la piel desaparecerá por completo, dejando al descubierto los tejidos. Viene inmediatamente la reacción de la naturaleza y comienza el proceso reestructivo mientras vamos notando poco a poco que la piel se extiende, crece y forma, con sorpresa nuestra, nuevas estrías absolutamente iguales a las destruidas.

“¿Quién impulsa con entera conciencia y da lugar a este proceso? ¿Quién es el arquitecto director que reedifica y pone piedras justas en el muro desplomado del edificio? ¿Quién, sin previas dimensiones, dibuja una línea igual a otra desaparecida?

“Es lo cierto, que un mandamiento, una energía creadora, un verbo encarnado en nosotros mismos, pone conciencia y por ello independencia, en esos seres minúsculos —microorganismos vivientes— que se unen en santa ley de amor para especificar cada uno su trabajo armónicamente como en una sinfonía de Wagner, nota a nota, en bien de las bellezas y sostén del conjunto.

“Y si esta es su finalidad, ¿cabe dudar que al reconstruir, al nivelar la vida del edificio-hombre, produzcan el calor y regulen la fun-

ción térmica para proporcionar la vitalidad necesaria?

“¿Cuándo se verá en esa gran familia celular, como en un espejo, el mismo mandamiento, la misma energía atractiva, el mismo verbo de amor que encarnan los infinitos mundos, los inmensos sistemas estelares. . . !

“Por otra parte, observamos que la fisiología está en su infancia. Todavía no sabemos nada o sabemos bien poco de las funciones misteriosas de las glándulas endocrinas, de sus secreciones y de ciertos centros nerviosos con posibilidades sorprendentes, como es el plexo solar, llamado en la ciencia hermética *Cerebro de Emociones*.

“Desgraciadamente, es cierto que existen todavía médicos que no sólo desconocen las funciones de la epífisis y de la hipófisis, sino que llegan a confundir una glándula con otra.

“No tratamos aquí de definir, puesto que no hablamos para profanos. Tan sólo nos limitaremos a rozar ciertas particularidades de ambos órganos relacionados con la filosofía oriental y muy particularmente con nuestra escuela Rosa Cruz.

“Aunque cada glándula directora del metabolismo en general cuenta con otras de menor importancia en relación con la economía,

nos basamos en siete centros o nadis (la epífisis, la hipófisis, la tiroides, los cuerpos epiteliales, el timo, los riñones suplementarios, las glándulas sexuales), reconociendo como más importantes las cápsulas suprarrenales con sus formas de media luna y de pirámides, la epífisis y la hipófisis.

“Parece ser que en este centro suprarrenal radica la verdadera función de la ley de ritmo que, manejada al modo de los Rosa Cruz y de manera normal y especial, abre la ventana suprema que da acceso al campo psicométrico de la cuarta dimensión.

“El cuerpo pituitario y la glándula pineal, aunque antagónicos, son dos órganos verdaderamente enlazados por su función y se complementan fisiológicamente en su constante acción y reacción, ida y venida, proceso constructivo y destructivo celular.

“Parece ser que el cuerpo pituitaria se dé la mano con la glándula pineal por medio de un canalillo o capilar sutilísimo, acentuado más principalmente en el hombre, que queda imperceptible o se encuentra ya destruido en los cadáveres.

“Según la ciencia oriental, es una afirmación que las vibraciones provocadas sobre la hipófisis despiertan las funciones de la pineal

y viene a ser la primera como la hebra conductora de luz que encienda la segunda.

“Pero la pineal, ¿no guarda una relación directa con el útero y la trompa de Falopio? ¿Y las hormonas hipofisiarias no regulan y despiertan la hiperfunción uterina y pineal?”

“Hay en todo esto un hondo misterio oculto aún para la ciencia de Occidente, que no ha podido prever las relaciones tan directas y de capital importancia que la pineal pueda tener con las glándulas sexuales.

“La pineal (¿pene-al?), por la aseveración de nuestra escuela y de las iniciáticas antiguas, no es más que el tercer ojo —tan conservado aún en los lacértidos— dormido en la humanidad actual que, una vez despierto por las prácticas Rosa-Cruz, es la clave mágica que hace caer el velo de Isis que oculta a nuestra depauperada retina el campo trascendente del Ultra . . .

“Búsquese la relación entre este cuerpo glandular y los órganos sexuales. Interpretese el sexto mandamiento, y acaso el Génesis, con su alfa espermática, dé la última palabra sobre el tema.”

Y así es, queridos lectores. El proceso térmico en nuestro organismo no se verifica tan sólo por la nutrición y la respiración. No son sólo estómago y pulmón los que operan.

Con esta base, no podríamos explicarnos fenómenos tan sorprendentes como el de la estigmatizada de Kronersreut, la que no ingiriendo alimentos ni bebiendo líquido alguno durante semanas enteras, se mantuvo sin alteración de sus funciones y aun sin perder un gramo de su peso ordinario.

Los biólogos alemanes se aprestaron con todo interés al estudio de este caso, y como respuesta concluyente sólo hubo *un encogimiento de hombros*. Y es que, aparte de la alimentación y la combustión respiratoria, hay que tener en cuenta que nuestras glándulas internas mantienen grandes reservas de calor acumulado, con sujeción a cierto ritmo o compás de tiempo en tiempo, que es el que ofrece la solución de estos problemas y encierra la clave de todo el funcionamiento vital.

Ya esta clave la conocieron los antiguos y ha venido siendo hasta ahora patrimonio de la escuela Rosa Cruz, pues en todas sus obras iniciáticas encontramos datos informativos sobre este tema.

Curiosos son los detalles que sobre ello da Santo Tomás de Aquino cuando expone que para hacer la piedra filosofal se requieren *orines*, por ser ésta una substancia cargada de poder que ha recogido del interior del

cuerpo, mediante la cooperación de los siete centros referidos, a los que él llama la *base de la vida*. Tomás de Aquino ya habla, aunque vagamente, de un ritmo y conocía la periodicidad.

Todo está sujeto al ritmo.

El cosmos es un ritmo perfecto y constante, y todas sus derivaciones no son sino la repetición rítmica de todos sus fenómenos.

Si un cometa nos visita, puede un astrónomo calcular con toda precisión el momento de su regreso.

En este sentido, uno de los fenómenos más sorprendentes es el que nos ofrece la *precesión de los equinoccios*, consistiendo ésta en que el Sol no vuelve al año siguiente al mismo punto de partida.

Hay una diferencia y esta diferencia es la que obliga al astro rey a pasar por cada uno de los signos del Zodíaco, para cuyo recorrido viene a necesitar unos dos mil años. Después de veinticinco mil y pico vuelve, obligado por un ritmo cósmico, a ocupar el mismo punto de partida.

Si meditamos sobre el referido fenómeno y consideramos que el oxígeno es la substancia que nos pone en contacto con el gran todo, por ser la parte que inspiramos del cosmos, tendremos que el fenómeno similar de la res-

piración deberá encerrar la clave de ese mismo ritmo cósmico.

Y así es... Inspiración y espiración —ya lo hemos dicho— forman un ritmo acompañado. Son como el ir y venir del péndulo de un reloj, y este ritmo es el que imprime su carácter oscilatorio a la circulación de la sangre, estableciendo una ley de $\frac{1}{4}$.

A cada rítmica respiración, corresponden 4 pulsaciones, y si el hombre verifica 18 respiraciones por minuto deberán corresponderle 72 pulsaciones en el mismo tiempo. No siendo así, hay siempre señal evidente de enfermedad. Tomando por base la cantidad de 18 respiraciones por minuto, podremos hallar las respiraciones que corresponden a un día entero. Tendremos pues que $18 \times 60 = 1080$ por hora y $1080 \times 24 = 25.920$ respiraciones diarias. Observad que este ritmo microcósmico de 25.920 corresponde en efecto a la cantidad aproximada que hemos señalado al hablar del ritmo cósmico en la precesión de los equinoccios (*).

Los que consideran que el movimiento rítmico de las altas y bajas mareas es debido a la acción respiratoria de la Tierra llevan ra-

(*) En mi conferencia.

zón, pues ya el Zend Avesta califica al astro en que habitamos como *un ser viviente* que respira a compás. Estudios geológicos han comprobado con exactitud este curioso fenómeno y hoy se sabe que la superficie de la Tierra, como el pecho de una mujer, asciende y desciende con rítmicas oscilaciones.

El biólogo austriaco *Swoboaa*, de Viena, ha tenido el acierto de ir persiguiendo la periodicidad en la sucesión de las familias, y ha comprobado que los hijos que nacen de siete en siete años se parecen entre sí, no siendo de este modo cuando el espacio de tiempo entre nacimiento y nacimiento es mayor o menor.

Aun más, los hijos que sacan preferentemente el parecido del padre o de la madre es porque en el momento de nacer habían cumplido uno u otro un septenario. Por ejemplo, si al dar a luz una mujer lo efectúa cuando tiene 21, 28, 35 ó 42 años, el fruto de este nacimiento habrá de tener un exacto parecido con la madre. Contrariamente, lo tendrá con el padre, si era éste al engendrar quien atravesaba el mismo ciclo.

Los vicios y virtudes caen seguramente bajo esta misma periodicidad. Alcohólicos que engendren o den a luz sus hijos al acaecer cualquiera de estos períodos de siete años,

pueden contar que heredan este vicio detestable. De otro modo, puedo citar diez casos que conozco --analizados expresamente para este estudio-- de diez abogados que lograron alcanzar la misma celebridad manifiesta que sus padres, quienes, a su vez, fueron también jurisconsultos. Pero si los hijos no nacen o son concebidos al coincidir uno de estos septenarios, es preferible que no sigan la profesión del padre.

El mismo profesor austriaco ya citado nos da a conocer el caso de una familia en la que se cuentan 4 hijos ciegos y 5 normales. Estos últimos habían nacido en épocas irregulares, pero los ciegos, en cambio, experimentaron la influencia de esta periodicidad o ciclo de siete, sacando como herencia el mismo defecto físico. Así lo demuestran sus respectivos nacimientos, ocurridos en los años 1867, 1874, 1881 y 1888.

El estudio sobre el cáncer ha venido a imponernos de que es una enfermedad en la que influyen con verdadera eficacia estos períodos cíclicos. Un médico alemán ha llegado a sostener, por este estudio, que el cáncer no es contagioso. Lo que hay que procurar es evitar esta periodicidad, ya que este mal aparece a los 42, 49, 56, 63 años, etc., y las únicas curaciones espontáneas que pueden com-

probarse han sucedido invariablemente a los siete años de su manifestación.

Ya en el Egipto, Asiria y Babilonia —según se ha dicho al hablar de los *periodeutas*— se tenía el conocimiento de ciertos ritmos o periodos bajo cuya influencia caían todas las cosas. Esta es la razón por la que algunos autores se comprometen a negar la facultad de *videncia* en los sacerdotes, sosteniendo que los acontecimientos que ellos vaticinaban podían ser pronosticados sin este medio. Se basaba en que todo cuanto existe se contrae a la influencia de esta periodicidad por la que todo suceso ha de ser forzosamente repetido. Así, cuando los médicos opinaban que una enfermedad haría crisis a los siete días o que sufriría un cambio considerable a los siete años, su predicción era matemática, pues el organismo cada septenario se renueva.

Tolstoi, en sus memorias, habla de la periodicidad de 28 que tanta importancia había tenido en su vida. Nació en 28 de agosto de 1828. En día 28 y a los 28 días de transcurrida una enfermedad, fué cuando sintió por vez primera un cambio considerable en sí mismo y en día 28 del año 1852 daba a luz su primera poesía. La Sonata a Kreutzer no la pudo acabar hasta no recibir la debida

inspiración en un día 28 de noviembre y exactamente el 28 de abril del siguiente año la dió a la imprenta. A los 28 años de edad dice haber sentido una transformación interna de suma importancia en toda su vida y declara con toda convicción que ha sido siempre perseguido por este ciclo inevitable de 7.

El *croupier* Pablo de Ketchiva, el que durante veinte años estuvo de *menager* en el Casino de Montecarlo, refiere en sus memorias que existen ciertos números fatales, nefastos, con los que siempre se pierde, mientras que otros parecen envueltos en una sombra benéfica y ofrecen constantemente seguras ganancias. Anotó estas curiosas observaciones durante los veinte años de su profesión y tuvo la sorpresa de advertir esta rara coincidencia del número 7. Un ingeniero muy modesto tuvo el acierto de dar con esta sensible periodicidad del 7 y obtuvo en una noche memorable una inmensa fortuna. Cuenta asimismo en sus memorias que en una mesa número 7 logró darse este mismo número 7 veces, quedando arruinados totalmente 7 jugadores, entre los que se contaban dos hermosas mujeres del gran mundo. No pudiendo éstas soportar su ruina, decidieron dar un paseo en una pequeña embarcación,

paseo del que jamás regresaron, terminando sus vidas como suicidas.

Personas que han logrado mediante observaciones ocultas descubrir su propio ritmo, pueden acercarse confiadamente a una mesa de ruleta en cuyo juego tendrán siempre multitud de probabilidades para ganar. Así, por ejemplo, yo mismo soy perseguido con tenacidad por el número 13, y cada vez que lo he jugado, el éxito ha sido seguro. . . Por eso precisamente no juego nunca. Conociendo mi propio ritmo no es honrado atender a conciencias contra la buena fe de los demás. Aparte de que todo ocultista en mi lugar y situación ha de procurar guardar su propio decoro dentro de una reputación intachable.

Con esta base definiríamos la palabra *BIO-RITMO* diciendo que son *periodos de capacidades orgánicas que aumentan o disminuyen obedeciendo a un ritmo o compás y que tienen su manifestación en todos los seres*. Su conocimiento o su descubrimiento es de tanto interés para todos los sucesos de la vida, que él nos ofrece la llave misteriosa que abre la puerta del éxito y nos arma caballeros para la conquista de la salud.

Esa *periodicidad* es fija y está encarnada—según ya queda expresado— en los números 23, 28 y 33. El número 23 corresponde a

nuestro auge masculino, el 28 al femenino y el 33 al intelectual. Nuestras glándulas de secreción interna tienen dos corrientes, dos fases, dos polos que las caracterizan, y de este modo, son masculinas y femeninas a la vez. Ahora que estos dos aspectos, estas dos condiciones o particularidades en constante lucha dan como resultado que ya una influencia, ya la otra sobrepase.

Vamos a explicar este extremo. En la sangre de toda persona, ya sea hombre o mujer, hay dos ritmos: uno femenino y otro de carácter masculino. Son como una ola que asciende, crece, aumenta y llega a su máxima altura para luego descender. El femenino, por ejemplo, dura 14 días, llegando a su máxima influencia a los 7 días de haber comenzado y perdiéndose luego en un período de descanso que dura otros 14 días, para volver más tarde a los 28.

Nada tiene que ver este ritmo con la menstruación en la mujer, con la que puede coincidir o ser independiente.

El ritmo masculino dura a su vez 11½ días, alcanza su máxima actividad a los 5¾ y desciende al período de reposo o inacción que abarca otros 11½ días para volver a comenzar a los 23.

En resumen, cada 28 días se repite el ritmo femenino y cada 23 el masculino.

Hacemos la observación de que no es extraño que al hablar de ambos ritmos lo hayamos hecho con aplicación a los dos sexos respectivamente, pues hay que tener en cuenta que en la intimidad de nuestro ser somos *hermafroditas* y con igual intensidad conserva la mujer sus actividades masculinas que el hombre las femeninas.

El ritmo intelectual (*) es, en cambio, de 33 días. Durante 16½ somos poseedores de una inteligencia clara, de cierta vivacidad, fácil comprensión y de una gran abundancia de ideas, mientras que los 16½ días restantes padecemos una significativa pereza o anulación mental. No es esto último tan acentuado que vayamos a llegar a una parálisis intelectual equivalente al idiotismo. Cuanto queremos decir con todo ello es que existen épocas —y más lo notará el escritor habitual— en que las ideas se suceden en tropel, a borbotones, con una fecundidad maravillosa, y otras en que estamos como anulados o con una gran pereza cerebral para toda labor inteligente.

(*) Espiritual o intelectual es en este caso lo mismo.

Si tuviéramos el deber o la necesidad de llevar a cabo alguna empresa de positiva importancia, cuyo éxito o fracaso fuera de vida o muerte (valga la frase) para nuestro propio bienestar, el de una familia o el de un país entero, deberíamos procurar poner en práctica la acción cuando estuviéramos en condiciones de vibrar en *plus*.

Entonces el éxito sería seguro.

Pero si lo hacemos durante el *minus* de nuestra actividad glandular, vamos inevitablemente al más rotundo de los fracasos.

Veamos algunos ejemplos.

Antes de citar personajes históricos y figuras salientes en el gobierno de algunos países, me permito copiar fragmentariamente la carta que recibí de uno de mis discípulos a quien puse como tema de estudio la *periodicidad y el biorritmo*.

"... y comprobé varios casos. Pero lo que más me convenció fué el estudio que hice sobre mí mismo.

"Resulta, pues, que a los siete años de mi nacimiento me atacó el sarampión con toda violencia, agravado luego por una complicación bronquial, de cuya enfermedad pude salir milagrosamente debido al acierto de un viejo médico cuyo sistema de curación —según opinión general— estaba ya en desuso.